

de aquellos felices instantes en que van á confiaros sus pesares y disgustos, para enseñarlos á que busquen solamente en Dios una paz que no puede darles el mundo, para introducir á tiempo una palabra de salvacion, para decirlos con aquellas amorosas expresiones á que con dificultad resiste el corazon, lo que decia en otro tiempo San Agustin, ya convertido, á uno de sus amigos, á quien queria sacar del desórden: ¿Es posible que no teniendo en la tierra mas que un mismo corazon, háyamos de tener en lo sucesivo una suerte tan diversa? Muy frágiles y perecederos son los lazos de nuestra amistad, pues no nos une la caridad, que es la que ha de durar eternamente. La muerte nos separará para siempre, porque solamente en Dios puede ser inmortal la union de los corazones; vos no sois mas que un amigo temporal, y á esta amistad rápida y pasajera que nos une en la tierra, sucederá un aborrecimiento eterno: ¿de qué sirven las mas estrechas conexiones si no nacen de la piedad? ¿puede amarse ni un solo instante lo que no se ha de amar siempre?

En segundo lugar, lo que da nuevas fuerzas á las instrucciones de los justos es el estar animados con su ejemplo; segundo motivo de salvacion que su compañía proporciona á los pecadores. Y á la verdad, amados oyentes míos, si viviérais en medio de un mundo en donde Dios no fuera conocido; si todos los hombres fueran semejantes á vosotros y no viérais mas que ejemplos de disolucion por todas partes, como no conoceríais la virtud, nunca la podríais desear; la culpa permanecería siempre tranquila, porque su oposicion á la santidad nunca turbaría sus falsas delicias; no sentiríais levantarse en vuestro interior aquellas secretas turbaciones que os reprenden vuestra propia flaqueza, y tendríais por imposible la vida de los cristianos porque no

veríais ejemplos de ella; pero en cualquiera estado que os haya puesto la Providencia, hallais justos de vuestra edad y de vuestra condicion, que observan la ley del Señor y caminan á su vista con santidad é inocencia. Su ejemplo solo es una voz poderosa que continuamente os está hablando en lo íntimo de vuestro corazon, y que no obstante vuestra repugnancia, os llama á la verdad y á la justicia. Nosotros os anunciamos la piedad desde estos cristianos púlpitos; pero los justos os la persuaden con su ejemplo. Nosotros os manifestamos el camino desde lejos; pero ellos van delante de vosotros para que se os haga mas fácil y para animaros á que los sigais. Nosotros os señalamos las reglas y ellos os dan el modelo. ¿Cuántas veces, amados oyentes míos, movidos con la vista de un justo de vuestra clase y de vuestro estado, os habeis reprendido interiormente las infelices inclinaciones que no os permitian hacer lo mismo? ¿cuántas veces la memoria de su inocencia os ha llenado de confusion, os ha hecho suspirar por vuestra flaqueza y balancear algun tiempo entre la obligacion y la pasion? ¿cuántas veces sola su presencia ha despertado en vosotros deseos de salvacion y os ha hecho que os prometais interiormente á vosotros mismos que algun día seguireis sus pisadas? No, católicos, nosotros no vemos en el mundo conversion alguna que no haya tenido su principio en los ejemplos de los justos; no hablo aquí del mérito de sus obras, porque la union de la fe y la sociedad de un mismo espíritu establece entre ellos y vosotros una especie de comercio santo, que hace que participeis de los inmortales frutos de sus virtudes. El tesoro que ellos juntan, la medida superabundante que ellos llenan con mortificaciones, que exceden sus deudas, son unos bienes que os pertenecen y que podeis presentar al Señor como si fueran

obras vuestras. No quiero decir en esto que podais borrar vuestras propias ofensas con satisfacciones ajenas, pues es necesario que los mismos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justificacion, y que el pecado sea reparado en donde ha sido cometido; pero las obras de los justos ofrecen continuamente al Señor, ó el precio de vuestra conversion ó el feliz suplemento de vuestra penitencia. Con todo eso, el mundo, siempre ingenioso en privarse de los medios de salvacion que la bondad de Dios le proporciona, parece que solo cuida de oscurecer el resplandor ó minorar el mérito de las obras de los justos: censura las intenciones de los justos cuando sus obras exteriores no dan lugar á la malicia de su murmuracion. Los cortesanos del rey Sedecías calumniaban las lágrimas y tristes profecías de Jeremías en orden á la próxima ruina de Jerusalem, diciendo que era un secreto deseo de agradar al rey de Babilonia, que tenia puesto sitio á aquella desgraciada ciudad. Parece, ¡oh Dios mio! que vos no sois bastante amable para ser servido sin mas interés que vos mismo, y que vuestras promesas solas no son capaces de recompensar á vuestros siervos las penas que padecen. El mundo busca siempre en las mas santas acciones de los justos otros fines mas que el honrarlos y otros intereses mas que el agradarlos. ¿Pero qué adelantais, católicos, en minorar con temeridad el mérito de las obras de los justos? Minorais los felices medios de vuestra salvacion, os quitais á vosotros mismos los motivos de mayor consuelo para vuestra esperanza; deshonorais vuestras propias virtudes y recaen sobre vosotros mismos vuestras necias censuras.

Finalmente, sirven tambien los justos para vuestra salvacion con sus gemidos y oraciones, y en esta última utilidad

conocereis lo respetable que es la virtud en los que la practican.

*La oracion continua del justo*, dice el apóstol Santiago, *es de mucho peso en la presencia del Señor.*<sup>1</sup> Sí, católicos, si el Señor mira aún con ojos de misericordia á la tierra, si aun derrama sus favores sobre los reinos é imperios, es porque nos los alcanzan los justos con sus oraciones é interiores suspiros: ellos componen aquella parte mas pura de la Iglesia, que no tiene mas voz para pedir que la voz de Jesucristo, cuyos clamores son oidos del Padre celestial; son aquella paloma que continuamente gime y que nunca gime en vano; por ellos se derraman todas las gracias en la Iglesia; á ellos deben los siglos, los príncipes religiosos, los pastores fieles, la paz de las Iglesias, las victorias de la fe, aquellos hombres célebres por su doctrina que suscita Dios en las necesidades de su Iglesia, para que se opongan á las empresas del error, á la relajacion de las costumbres y á la debilitacion de la disciplina. ¿Qué mas diré? A ellos debe el mundo los inesperados socorros en las públicas calamidades, la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los siglos. Todo se les debe á ellos, porque todo se hace por ellos. Nosotros, que solamente juzgamos por los sentidos, respetamos el poder de los soberanos y la prudencia y sabiduría de los que gobiernan; pero si viéramos los sucesos en sus causas, hallariamos que estas felicidades dimanaban de los interiores gemidos de los justos, y algunas veces de las oraciones de una alma sencilla y desconocida, que retirada de la vista de los hombres, tiene mas parte en los sucesos públicos en la presencia de Dios, que los Césares y sus ministros, que están á la frente de los negocios y pa-

<sup>1</sup> Jacob. 5. v. 16.

rece que tienen en sus manos la suerte de los pueblos y de los imperios.

Comparad, decia antiguamente Tertuliano á los paganos, las pasadas desgracias del imperio con la tranquilidad que hoy goza: ¿de qué proviene esta mudanza? ¿no ha sucedido despues que Dios ha dado cristianos á la tierra? *Ex quo christianos á Deo Orbis accepit.* Desde que el Evangelio ha presentado en la tierra unos hombres justos que ofrecen al Señor oraciones fervorosas por los príncipes y por los reyes, son mas felices los Césares, florece mas el imperio, y los pueblos viven mas tranquilos. Nosotros solos levantando nuestras manos puras al cielo, le obligamos con nuestros clamores; y con todo eso, despues que nosotros hemos alcanzado tantas gracias para la tierra, solo Júpiter es honrado en vuestros corazones: *Et cum misericordiam extorserimus, Jupiter honoratur.* ¡Qué gran favor hace á la tierra, católicos, la misericordia de Dios cuando se forma en ella un escogido! ¡qué tesoro este para un pueblo, para un imperio, para todo el mundo! ¡qué consuelo para los hombres el tener en medio de sí algunos siervos de Jesucristo!

Algunas veces mirais á la virtud, católicos, como flaqueza, y la piedad de los justos no halla en vosotros sino burlas y censuras. Pero aun cuando los justos no fueran tan útiles á la tierra, aun cuando no fueran ellos los que aun mantienen entre nosotros las reliquias de la pública seguridad, la buena fe en los tratos, el secreto en los consejos, la fidelidad en los negocios, la religion en las promesas, la integridad en los cargos públicos y el amor á los pueblos en los que los gobiernan, ¿qué cosa hay mayor ni mas respetable en el mundo que la virtud?

Direis que la virtud es rara, quiero concederlo; pues por eso mismo es mas digna de vuestros respetos. Pero por

último, no hagamos caso de estos pueriles discursos del libertinaje; aun hay en la tierra almas puras y fieles; vosotros conoceis algunas de vuestra clase y de vuestro estado, á las que no podeis negar el título respetable de la virtud, y esta es la razon en último lugar, de que los buenos sirvan para la condenacion de los malos, porque quitan á la iniquidad todas las excusas: ¿qué podreis responder en el tribunal de Jesucristo que no se debilite ó se confunda con su ejemplo? ¿Direis que no habeis hecho mas que seguir las costumbres establecidas, y que para no hacerlo os hubiera sido preciso retiraros á los desiertos? ¿Pero acaso se conforman con ellas los justos que viven entre vosotros? ¿Os excusareis con las obligaciones inseparables de un nacimiento ilustre? Muchos conoceis que aunque de un nacimiento mas distinguido que el vuestro, santifican su grandeza y han hallado el secreto de hacerla servir para su eterna salud. ¿Acaso el fuego de la edad ó la delicadeza del sexo? Todos los dias estais viendo á muchos que en una juventud lozana y con los talentos mas propios para el mundo, miran como estiércol todas esas vanas utilidades y no piensan mas que en cielo. ¿Acaso la distraccion de los empleos? ¡A cuántos veis cargados de los mismos cuidados que vosotros, y que con todo eso, miran su salvacion como su mas principal cuidado! ¿Acaso vuestra inclinacion á los deleites? El amor á los placeres es la primera inclinacion de todos los hombres, y hay algunos justos en los que aun es mas violento, que nacieron con disposiciones menos favorables que vosotros para la virtud. ¿Acaso vuestras aflicciones? Muchos justos hay desgraciados. ¿Vuestra prosperidad? Muchos hay que se santifican en la abundancia. ¿Vuestra salud? Pero hallareis muchos que en un cuerpo enfermo encierran una alma llena de una fuerza celestial.

Volved la vista á todas partes, y cuantos justos veais serán otros tantos testigos que depondrán contra vosotros: colocaos en el estado que quisiérais; aun hay entre las mujeres del mundo algunas Esteres que pueden servir de modelo, entre las doncellas cristianas algunas Rebecas, entre los soldados algunos Josués, entre los cortesanos Nehemías, entre los reyes Josías y Davides, entre los afligidos algun Job, entre los enfermos Timoteos, y entre los que sienten el estímulo de la carne hay Pablos: cada clase tiene sus santos, cada edad sus ejemplos, cada estado sus modelos. • De este modo, ¡oh Dios mio! se cumplen en los hombres los designios de vuestra justicia y de vuestra misericordias, y si os servís de los justos para coregir ó confundir á los pecadores, tambien os servís de los pecadores para confirmar la fe ó para probar la virtud de los justos.

#### SEGUNDA PARTE.

El cuerpo de los justos, dice San Agustin, esparcido por todo el mundo, halla su aumento y utilidad en las caidas y aun en los errores de los que se descaminan: *Omnibus erroribus utitur ad profectus suos*, y los libros santos solamente atribuyen al Señor todos los males y todos los desórdenes de la ciudad, porque con su providencia los permite para que sirvan á la salvacion de sus escogidos.

Advertid, católicos, que el descuido, el disgusto y el olvido de las gracias son los mas frecuentes escollos de la virtud de los justos, y su confusion con los malos sirve, en primer lugar, para su instruccion, preservándolos de estos escollos y dándoles continuas lecciones de vigilancia, de fidelidad y de reconocimiento.

De vigilancia: á la verdad, los principios de la conversion

y de la piedad de los justos siempre son tímidos y desconfiados; instruido entonces su corazon con la memoria aun reciente de sus pasadas caidas, vela sobre su propia flaqueza; se estremece con solo mirar los objetos que les representan las funestas imágenes de ella; todo les asusta, todo les avisa, todo los llama dentro de sí mismos; no bien se hallan libres del naufragio, cuando caminan temblando sobre las aguas como Pedro, y el menor movimiento les manifiesta el seno del abismo dispuesto para tragarlos.

Pero á estos piadosos temores, tan necesarios para la virtud, sucede una peligrosa calma: á proporcion que se va apartando la memoria de nuestras caidas, se va debilitando el conocimiento de nuestra fragilidad; los dias que se han pasado en ejercicios de piedad parece que nos aseguran de los que están por venir; cesan los temores, se desprecian las precauciones, y como el rey Ezequías despues de haber triunfado de Senacherib y libertado á Jerusalem de los enemigos que habian jurado su ruina, se introducen otros nuevos en la santa ciudad, sin temer ni aun el manifestarlos con gusto los tesoros que solamente están seguros cuando están escondidos.

Contra una flaqueza tan peligrosa no hay cosa mas útil para los justos que su confusion con los pecadores: en las caidas de sus prójimos están continuamente leyendo las razones que tienen para estar vigilantes; ven en un principio que les es comun con ellos, que deben temer las mismas flaquezas, y que solamente los distingue el uso de una fe siempre atenta; aprenden en la misma historia de las desgracias ajenas cuáles son los grados que guian insensiblemente á la culpa; que los principios de ésta son leves, que por poco que se conceda al enemigo, siempre son funestas para el alma las ventajas que él logra, y que es mas temible

cuando inspira relajaciones, que cuando propone culpas; ven que entre los que caen á su vista hay muchos que en otro tiempo han sido mas fervorosos que ellos en los caminos de Dios, y que confiaban mas que ellos de no apartarse con unas tan vergonzosas caidas de aquel estado de fervor y de justicia. De este medo aprenden todos los dias en los desórdenes de sus prójimos, que no hay mas seguridad para la virtud que la vigilancia, y que nunca hay mucha distancia entre la relajacion y la caida.

El vivir los justos mezclados con los pecadores, mantiene su vigilancia contra las tentaciones de relajacion, y confirma tambien su fidelidad contra la tentacion del disgusto. Y á la verdad, si retirados del siglo vivieran separados de los pecadores, puede ser que en aquellos momentos en que el corazon árido se deja arrastrar de su propio peso, en que se cansa de sí mismo, en que la virtud no halla gusto alguno sensible que la sostenga, puede ser que entonces se figuraran una suerte mas feliz y unos placeres mas agradables en el mundo que en la virtud. Pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion; el justo no necesita de su fe para desengañarse de la falsa felicidad de los pecadores; bástale abrir los ojos, busca á los que son felices en el mundo y no los halla; en todas partes ve unas inquietudes á las que llaman placeres, y en ninguna ve felicidad; consulta á los mismos mundanos, y todos atestiguan contra el mundo y contra su falsa felicidad; entre los mismos pecadores halla mucho mayor fastidio y mucho mas disgusto de la vida humana, que el que ellos han experimentado en la virtud; ve que sus pasiones son la causa de todas sus desgracias y penas, que el corazon del justo que está libre de ellas, no tiene mas trabajo que el no conocer suficientemente su felicidad. De este modo la presencia de los peccad-

res confirma la fidelidad de los justos contra la tentacion del disgusto, y además de esto aviva su agradecimiento y los defiende contra el olvido de las gracias.

En tercer lugar, la presencia de los males contribuye á la instruccion de los justos; ven que el Señor deja perecer en el mundo á una infinidad de pecadores menos culpables que ellos y que nacieron con mas disposiciones de recitud, de equidad, de bondad y aun de pudor; que eran incapaces de cometer una infamia, una iniquidad ó una inhumanidad; que aman la virtud, que respetan á los justos y que solamente hallan el escollo de su inocencia en las tristes flaquezas de un corazon frágil, mas digno de la divina misericordia que de su ira; cuando al mismo tiempo ellos, despues de unos monstruosos excesos que no podian nacer sino de un corazon extremadamente malo y corrompido, han sido escogidos, sacados de la culpa y llamados al conocimiento de la verdad. Estos objetos que tienen siempre presentes, cada instante están dando á conocer al justo el precio inestimable del beneficio que mudó su corazon. Aun mas; conoce tambien algunos pecadores que gimen con el peso de sus cadenas, que desean su libertad, que toda su vida están fluctuando entre los deseos de la virtud y la tiranía de las pasiones, y que con todo eso, nunca llegan á ponerse en salvo, ó porque son demasiado tibios sus deseos, ó porque el Señor, que es dueño absoluto de sus dones, se compadece de quien quiere; los conoce y se acuerda de que el Señor se puso delante de él para sacarle del desorden, al mismo tiempo que él en vez de esperarle y llamarle, huia de su presencia, y se acuerda de que cuando tenia las armas en la mano contra su gloria, sin haber llegado á la penitencia con mas preparacion que sus culpas, una luz celestial le hirió repentinamente, una luz invisible rompió